

Cuanto más adelantaba, más dulce y más clara era el agua. Pero por más que hacia para enterarse de las condiciones de aquel terreno por los naturales del país, ménos lograba descubrirlos.

El día 6 de Agosto mandó arrojar el ancla en un paraje en donde vió mayores muestras de cultivo que en los demas que habia recorrido, y una vez allí, envió las lanchas á la playa.

Pero aunque encontraron huella de séres humanos, no les fué posible descubrirlos, razon por la cual volvieron á las carabelas y continuaron el camino hácia Occidente, entrando en un pequeño espacio, en el que se detuvieron.

Allí les sorprendió la aproximacion de una canoa con cinco indios, y se acordó apoderarse de ellos tendiéndoles un lazo, à fin de que satisficieran la curiosidad del almirante.

Los indios se dirigieron á la carabela más próxima, poseídos de una viva curiosidad.

El capitán, simulando deseo de acompañarles hasta la playa saltó á la canoa con algunos marineros, y sorprendiéndolos, los aprisionó.

Inmediatamente fueron conducidos á la carabela del almirante.

Los pobres indígenas estaban asustados.

Creian que habia llegado su última hora, y todo indicaba en su semblante un profundo terror.

No tardó Colon en disipar este miedo.

Tratándoles con la mayor amabilidad, manifestó que, si se habia apoderado de ellos, era para quitarles el recelo que tenían y colmarlos de regalos.

Les dió cuentas de vidrio, espejos, cascabeles y otros objetos, y los mandó en seguida á la playa, tranquilos y confiados ya, para que refriesen à sus compañeros la benévola acogida que les habia dispensado, y fuesen éstos á darle los informes que deseaba.

## CAPITULO LIV.

Donde se forma idea de los indios de Paria, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel país.



Los resultados correspondieron á sus deseos.

A poco de llegar á la playa los indios prisioneros volvieron con multitud de indígenas, y lanzando al mar sus ligeras canoas, no tardaron en rodear las carabelas.

Eran como los que hasta entónces habia visto en aquella costa: altos, esbeltos, bien formados, con cabellos negros, é iban armados con flechas y rodelas.

Al dirigirse á las carabelas, ofrecieron á los navegantes pan de maíz y una bebida de un sabor parecido al de la cerveza.

Desde luego llamó la atencion de Colon la manera que tenían de apreciar los objetos.

El sentido que parecia en ellos más desarrollado, era el del olfato.

Todos los objetos eran apreciados por ellos, ántes que con los ojos, con las narices.

Los abalorios, espejuelos y demas chucherías, no despertaron en ellos gran curiosidad.

Pero los cascabeles les entusiasmaron.

Tambien el bronce fué agradable á su olfato, toda vez que despues de olerle exclamaron en su idioma que aquel metal procedia del cielo.

Colon les preguntó cómo se llamaba aquel país, y entónces supo el nombre que le daban los naturales: *Paria*.

No pudiendo detenerse allí, rogó á algunos indios que le acompañasen en su viaje de exploracion, y con los que accedieron á esta súplica continuó navegando hácia el Oeste, hasta un paraje al que llamó la *Aguja*.

Cuando llegó á él era de noche.

Los primeros albores del crepúsculo matutino, iluminando el paisaje que tenia á su vista, despertaron en su alma, lo mismo que en la de los demas que le acompañaban, una profunda admiracion.

Los campos estaban perfectamente cultivados, y su vegetacion era espléndida.

Las chozas ó casas estaban defendidas por espesos bosques, cuyos árboles ostentaban preciosas y aromáticas flores.

Los pájaros de variados y brillantes matices que volaban de un lado á otro, y se paseaban por las ramas de los árboles, aumentaban la belleza del paisaje.

El clima era suavísimo.

La amenidad de aquel paisaje hizo á Colon que le bautizase con el nombre de *Los Jardines*.

Poco despues de su llegada se acercaron á los buques numerosas canoas, mucho mejor construidas que las que hasta entónces habian visto, y con un camarote, en el que iban su dueño y los principales individuos de su familia.

La mayor parte de los indios adornaban su cuello con collares y láminas bañadas en un oro de inferior calidad, al que llamaban *guanin*.

Colon les preguntó dónde encontraban aquellos adornos, y los indios señalaron al Occidente, indicando que el viaje hasta allí era muy peligroso, porque los habitantes de las costas próximas eran caribes.

Constituia otro de los principales adornos de los indios, sargas de perlas, que rodeaban sus brazos.

Al preguntarles dónde las cogian, manifestaron que al Norte de *Paria*, y le mostraron las conchas de nácar donde solian hallarlas.

No podia dejar pasar desapercibidos aquellos elementos de riqueza.

El almirante encargó á algunos indios que fuesen á pedir á su jefe ó cacique permiso para que algunos de los suyos llegasen á la playa y visitasen la isla.

Partieron gozosos los emisarios de esta súplica, y no tardaron en volver con el permiso.

Los botes y las carabelas recogieron á bordo algunos oficiales y marineros, y cuando éstos saltaron en tierra, vieron salir á su encuentro al gran cacique y á su hijo, los cuales les trataron con la mayor consideracion y los llevaron á una especie de palacio, en donde les sirvieron pan de cazabe y frutas exquisitas, al mismo tiempo que licores fabricados con el zumo de aquellas mismas frutas.

La estancia donde se les sirvió aquel banquete era espaciosa y estaba llena de indios de ambos sexos.

Los españoles notaron que los varones se colocaron á un lado y las hembras á otro.

En la etiqueta india era aquello una señal de gran deferencia.

Al terminarse el banquete, el hijo del cacique les llevó á su casa, y allí les ofreció nuevos manjares.

Al retirarse los españoles quisieron acompañarlos para examinar sus buques, y con este motivo tuvo ocasion el almirante de hacerles nuevas preguntas, que hasta cierto punto satisficieron su curiosidad.

Todos ostentaban adornos de oro inferior, y la mayor par.

te de ellos les ofrecieron loros domesticados que estimaban en mucho.

Pero Colon y los suyos miraban con más cariño las ricas y abundantes sargas de perlas con que se adornaban los indios, y à la menor indicacion se apresuraron à ofrecérselas en cambio de los cascabeles, que constituian su delicia.

Por este medio pudo el almirante adquirir gran número de perlas, que se propuso enviar à España como una muestra de las que habia en la isla.

No era posible, en vista de aquel grato descubrimiento, dejar aquel país sin haber establecido ántes amistosas relaciones con sus caciques, para explotarlos en lo sucesivo.

Como el hallazgo de las perlas confirmaba la creencia del lapidario, Colon que habia dicho que cuanto más se acercasen al Ecuador hallarian mayor abundancia de piedras preciosas, dejó volar de nuevo su imaginacion con las alas que le habian dado los datos que habia adquirido en las obras de los geógrafos é historiadores de la antigüedad, y llegó à figurarse que con poco trabajo podrian cargar de perlas un buque, y sorprender con ellas agradablemente à los soberanos de España.

Varios eran los errores que padecia entónces, y el principal de ellos le obligó à continuar su camino.

En la persuasion de que la costa de Paria era una isla, ávido de llegar al paraje en donde los indios le habian indicado que se hallaban las perlas, abandonó Los Jardines, recorrió el golfo hácia el Occidente para buscar el Norte, y descubriendo algunos trechos de tierra firme, los tomó por islas, à las que dió el nombre de Isabel y Tramontana.

Pero à medida que avanzaba en su camino, disminuía la profundidad del agua y era más dulce.

Tuvo que detenerse, porque su buque necesitaba cuando

ménos tres brazas de agua, y era menor la distancia que separaba la superficie del fondo.

Detuvóse, pero envió una de las carabelas de menor calado para que descubriese una salida al Océano.

La carabela volvió, y su piloto:

—Solo hallo una abertura de dos leguas, dijo, en el extremo occidental. Esta abertura abre paso à un golfo interior circular, que tiene à su vez cuatro aberturas de pequeños golfos, que más parecen bocas de rio por la dulzura de sus aguas.

Una de aquellas bocas, en efecto, servia para el desagüe del rio Uparipari, que en la actualidad se llama el Paria.

La equivocada creencia que tenia Colon de que en aquel paraje abundaban las perlas, le hizo bautizar con este nombre al golfo.

El piloto que habia llevado estas noticias manifestó que las cuatro aberturas del golfo no interrumpian el continente.

Colon opinó de distinta manera.

En la imposibilidad de avanzar más hácia al Oeste, se encaminó à buscar salida al puerto de la Boca del Dragon.

El triste estado de su salud, la necesidad de llegar cuanto ántes à la colonia para abastecerla de provisiones y reanimar el abatido espíritu de sus compañeros; la afeccion que comenzó à padecer en la vista por efecto de las vigiliass y de los cuidados que habia tenido que emplear en aquel viaje, le estimularon à dejar para otra ocasion más favorable la exploracion completa de aquel país, y el 11 de Agosto se dió à la vela para la Boca del Dragon, deteniéndose dos dias despues en un buen puerto cerca de ella, al que dió el nombre de puerto de los Gatos, por hallar en las playas una especie de mono muy semejante al gato.

No sin grandes peligros, por los muchos escollos que amenazaban à las embarcaciones, logró penetrar con su bajel en

alta mar, vió al Noroeste, á bastante distancia, dos islas, á las que bautizó con los nombres de la Asuncion y la Concepcion.

El 15 del mismo mes descubrió las islas de Margarita y de Cubagua, célebres por sus pesquerías de perlas.

Viendo el almirante en la última muchos individuos pescadores de perlas, que al acercarse las carabelas huyeron, envió dos botes á la playa, los que volvieron con más de tres libras de esta preciosa piedra, ofreciéndoles algunas de un tamaño asombroso.

Ante la esperanza de que se realizarían sus sueños, sintió Colon vivos deseos de continuar sus provechosas exploraciones.

Pero su enfermedad y los temores que abrigaba por el estado de la colonia, le impedían obedecer este impulso de su carácter emprendedor.

Más que la gota, más que todo, le afligia la enfermedad de la vista.

Apénas podía ver, y tenía que valerse para sus observaciones de los pilotos y de los marineros.

El doctor que le acompañaba le anunció que solo el reposo y el cuidado podían devolverle la vista.

De lo contrario, le amenazaba una horrible ceguera.

Fué necesario hacer por la salud un sacrificio, y resolviéndose á enviar á su hermano Bartolomé para que continuase las observaciones que había emprendido, navegó al Noroeste, llegando el 19 de Agosto á un punto de la isla Española, situado á unas cincuenta leguas al Occidente del rio Ozema.

Sus cálculos habían salido fallidos.

Creía hallarse cerca de las minas de Hayna, y estaban á una distancia bastante grande de este punto.

Envió un bote á tierra con algunos marineros para que

buscasen un indio que llevase una carta suya á sus hermanos y no tardaron en volver con seis indígenas, uno de los cuales llevaba una ballesta española.

Llamóle la atención sobre ella Diego su intérprete el lucayo, y Colon desde luego se figuró que había ocurrido alguna catástrofe, cuando aquel arma estaba en poder de un indio.

Pero guardó silencio.

Envió un despacho á su hermano con los indios, y prosiguió el viaje hasta la embocadura del Ozema.

Esta navegacion fué larga y penosa.

Cuando más afligido estaba el almirante, notando que su vista se turbaba por momentos, que la gota le molestaba más que de ordinario; cuando pensaba en los desastres que podían haber acaecido en la colonia durante su larga ausencia, entró Diego á sacarle de su abatimiento.

—Señor, señor, le dijo, á lo lejos se descubre una embarcacion española.

—¿Viene en direccion nuestra?

—Sí por cierto; y si no me equivoco, es la que se separó de nosotros en las islas Verdes, al mando de vuestro pariente Antonio Colon.

El almirante subió á cubierta.

Quiso ver, pero la nube que cubría sus ojos se lo impidió.

Dos lágrimas abarcaron sus pupilas.

Las carabelas avanzaron hasta encontrarse, y Colon experimentó una inmensa alegría cuando le dijeron que el adelantado su hermano iba en la embarcacion.

Poco despues subió al navío donde estaba el almirante su hermano Bartolomé, y los dos se estrecharon afectuosamente.

No quiso Bartolomé referirle todo lo que había sucedido.

El estado en que se hallaba su hermano, exigía de él cierta reserva para no empeorarle.

Dispusieron que los dos buques se encaminaran hácia el puerto en donde habia establecido Bartolomé la colonia que le habia encargado el almirante; colonia á la que habia dado el nombre de Santo Domingo, y una vez en él desembarcaron.

Las circunstancias le obligaron á no dar á su hermano más que un dia de reposo.

Al siguiente no tuvo más remedio que noticiarle todo lo que habia pasado.

Mucho valor necesitaba para soportar aquellas nuevas adversidades.

¡Cuántos desastres, cuántos horrores habian tenido lugar durante su ausencia!

Pero mejor que asistir á la conversacion de los dos hermanos, será reseñar con todos sus pormenores los acontecimientos que habian ocurrido en aquel país desde que Colon se dió á la vela con el arrogante Aguado, hasta que en los brazos de su hermano Bartolomé llegó á la nueva colonia que por su órden habia fundado en las márgenes del rio Ozema.

## CAPITULO LV.

Donde Bartolomé Colon obedece las órdenes de su hermano, y va á Xaragua con ánimo de engañar á Anacaona.



OLON partió de la Española para España en Marzo de 1496.

Dejó el mando de la isla á su hermano Bartolomé. Este á su vez confió el de la Isabela á don Diego, y partió con la mayor parte de las fuerzas que pudo reunir á las alturas de las minas de Hayna.

Cerca de ellas estableció una fortaleza, á la que dió el nombre de San Cristóbal.

Pero los que la fabricaron hallaron al remover los cimientos tantos fragmentos del rico metal que codiciaban, que aquella fortaleza se llamó en lo sucesivo Torre del Oro.

Más de tres meses duró la construccion del fuerte, y el adelantado permaneció dirigiendo las operaciones y haciendo los preparativos para explotar las minas y separar la escoria del metal.

La falta de víveres fué causa de tanto retraso.

Bartolomé necesitó separar de las obras á muchos operarios para enviarlos en busca de provisiones.

Las semillas que habian sembrado los europeos en el ánimo de los indios, comenzaban á darles amargos frutos.

Los indígenas hacian pagar muy caras á los españoles las malas provisiones que les daban, y como su deseo era ani-

quilarlos á toda costa, descuidaban los sembrados, y para encontrar comestibles necesitaban recorrer grandes distancias, no siendo siempre satisfactorio el resultado de sus expediciones.

En la imposibilidad de mantener mucha gente en la nueva fortaleza, dejó el adelantado diez hombres para que la custodiaran y un perro de presa.

En los alrededores habia utias y podian alimentarse con ellas, aunque su carne fuese poco sustanciosa.

El resto de su gente se dirigió con él al fuerte de la Concepcion á cobrar el tributo de los habitantes de la Vega.

El hambre empezaba á hacer estragos en la colonia.

Afortunadamente llegaron las carabelas que mandaba Pedro Alonso Niño, con provisiones y refuerzo de tropas.

Era ademas portador de cartas del almirante para su hermano, y partió á la Isabela á conferenciar con él.

Las provisiones se repartieron pronto, porque muchas de ellas se habian estropeado en el camino.

Esto produjo mucho disgusto entre los colonos, disgusto que explotaban los agentes que en todas las expediciones mandaba Fonseca para mantener encendida la tea de la discordia entre los jefes y los súbditos de aquella colonia desventurada.

El almirante ordenaba á su hermano que fundase una ciudad y estableciese un puerto de mar en la desembocadura del Ozema.

Al mismo tiempo le mandaba que llevase presos á España á los caciques y á los indios que hubiesen cometido algun crimen en la persona de algun español.

Dispuesto á obedecer en todo y por todo la voluntad de su hermano, acordó el regreso á la Península de Pedro Alonso Niño con algunos colonos enfermos y los indios, que al

volver á España habian impulsado al capitán de los buques á emplear la paradoja que tantos disgustos habia ocasionado á Colon, retardando la época de su tercer viaje.

Volvió Bartolomé á la fortaleza de San Cristóbal: desde allí se trasladó al Ozema para buscar el puerto que deseaba su hermano, y halló en la márgen Oriental del rio uno formado por la naturaleza.

Las orillas del Ozema eran muy fértiles y pintorescas.

Las frutas, segun cuenta un historiador de la época, podian cogerse de los árboles al mismo tiempo que caminaban las embarcaciones.

Las ramas, extendiéndose por encima del rio, formaban una especie de arco con su follaje, que preservaba al viajero de los abrasadores rayos del sol.

Todo aquel territorio constituia el dominio de Aimohila ó Catalina, como se llamaba ya, por haber recibido este nombre al bautizarse para ser esposa del capitán Miguel Diaz.

La soberana india habia ofrecido á su esposo tratar á sus compatriotas con la mayor generosidad.

No faltó á su palabra.

Bartolomé pudo elegir el paraje que creyó más conveniente para el establecimiento de la nueva colonia, y eligió el punto donde hoy se levanta la ciudad de Santo Domingo.

Por de pronto se limitó á construir una fortaleza, en la que dejó veinte hombres al mando de Miguel Diaz, con las instrucciones oportunas para que se pusieran en explotacion las minas y se acumulasen contidades de oro que embarcar para España.

Su presencia no era allí necesaria.

Diaz era un hombre leal.

Amaba á Catalina, y era objeto de una profunda idolatría por parte de la soberana de aquellos Estados.

La guarnicion no tenia, pues, que temer.

Los mineros podrian trabajar sin que nadie turbase sus tareas, y como uno de los principales deseos de Bartolomé era haber extendido el dominio de los españoles en todo la isla para cuando regresase su hermano, resolvió visitar el departamento del Xaragua, que todavía no se habia sometido á la dominacion española, y que despues de la muerte de Boechio, su rey y cacique, habia nombrado su soberana á Anacaona.

Llevó en su compañía á Hernando de Guevara, el cual, por los lazos que le unian con Higuanamota, pudo facilitar las negociaciones que pensaba emprender con la reina viuda.

Anacaona ignoraba aún su desgracia.

Sabia que los españoles habian embarcado á Caonabo con ánimo de presentarle á los reyes.

Pero le habian anunciado que no tardaria en volver cargado de presentes, y esta esperanza le habia inspirado una tregua en su odio á los opresores.

Bartolomé tuvo noticia, por la carta que le dirigió su hermano con Pedro Alonso Niño, de la conspiracion que habia estallado á bordo y de la desastrosa muerte de Caonabo.

Pero no convenia á sus planes desanimar á Anacaona con aquella noticia, sino decirle que su esposo habia llegado á España, y allí vivia, siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los reyes.

Nadie podia como Guevara ser portador de tan buena nueva para Anacaona.

Guardando el mayor secreto sobre la muerte del cacique, manifestó á Guevara que el almirante le participaba los muchos agasajos que se hacian á Caonabo en la corte.

Guevara creyó de buena fe aquella version, y se alegró en extremo poder ser portador de aquella buena noticia acerca de la suerte del padre de su amada.

Partió Guevara con el adelantado, y se alegró en extremo de abandonar la colonia.

Tenia en ella un enemigo contra el que nada habia podido hacer, porque contaba con la proteccion del almirante.

Este enemigo era Francisco de Roldan.

Antes de proseguir, como este hombre debia contribuir poderosamente á los disturbios que estallaron en la colonia, voy en dos pinceladas á darle á conocer.

## CAPITULO LVI.

## Historia de un hombre malo.

**F**RANCISCO Roldan habia acompañado á Colon en su primer viaje.

Algunos dias ántes de partir al convento de la Rábida para dirigirse al puerto de Palos, anunció uno de los frailes del monasterio al prior que habia encontrado en medio del camino á un jóven completamente desfallecido por el cansancio y por el hambre, y le pidió permiso para salir con otros cuantos hermanos en su busca y conducirle al convento.

Parecia un cadáver.

Su pulso apenas latia.

Todo indicaba en él que la inanición habia empezado á producir los mayores estragos en su existencia.

Acostáronle en un cómodo lecho, prodigáronle los mayores auxilios, y poco á poco fueron reanimándose sus fuerzas.

El prior le habló, y deseando ampararle le preguntó la causa de su lastimoso estado.

Francisco, que así dijo llamarse, refirió que nunca habia conocido á sus padres, que desde niño habia estado en poder de unos gitanos, los cuales, en la creencia de que podian sacar algun dinero devolviéndole á su familia, le habian educado y mantenido.

Pero habiendo llegado á convencerse de que su familia le rechazaba, á los nueve años le dijeron:

—Tú te llamas Francisco Roldan; pero tus padres te han abandonado, y nosotros no podemos mantenerte; anda por el mundo á buscarte el sustento.

Le dejaron solo, y logró que un vecino del pueblo en donde se habia creado con los gitanos le nombrase pastor de ovejas.

Una noche habia entrado un lobo en el redil, y devorado unas cuantas.

Al dia siguiente, despues de haberle dado una paliza, le despidieron.

Un posadero le admitió de criado, y en su compañía, siendo más un esclavo que otra cosa, pasó seis ó siete años.

Una noche llegó un caminante á la posada.

Al parecer llevaba bastante dinero, y el posadero, aprovechando la circunstancia de no haber más huéspedes que él en el meson, resolvió matarle y robarle.

La primera providencia que tomó fué la de encerrar en el paraje al chico para que no pudiese delatarle nunca.

—Despues, añadió Francisco, refiriendo su historia, oí muchos gritos, á lo que se siguió un silencio sepulcral.

No sé por qué adiviné lo que habia pasado.

Temeroso de que la justicia me prendiera, con una cuerda me bajé al patio, escalé una tapia, y una vez libre comencé á correr.

Me parecia que iban á sorprender en mi rostro el crimen que habia cometido mi amo, y durante el dia me escondia en las cuevas, en los bosques, para caminar por la noche, y sin alimentarme más que con los frutos que podia recoger en el camino....

Extenuado por esta vida, cayó enfermo, y entónces fué cuando los religiosos del convento de la Rábida le hallaron y le condujeron al monasterio.



Contó el prior la historia de aquel infeliz á Colon, y éste fué á verle hasta el lecho.

—Voy á emprender un largo viaje, le dijo; ¿quereis acompañarme?

La respuesta fué afirmativa.

Colon le hizo despensero de su buque, y al volver de la Española, como mostraba el jóven mucha inteligencia, mucho agradecimiento y una gran lealtad, al mismo tiempo que una vehemente afición á la náutica, hizo que uno de los pilotos le enseñase por el camino las maniobras de la marinería.

En el segundo viaje manifestó á su protector que queria ser soldado, y Colon le vistió la armadura y puso en su mano el arcabuz.

Con refinada hipocresía satisfacía todas sus pasiones, que oprimidas mucho tiempo, se desbordaron cuando tuvo alguna libertad; pero siempre encontraba su claro ingénio modo de atribuir á otro sus culpas, ó de presentarlas como exceso de celo cuando se descubrian y no podia achacarlas á nadie.

El gran afecto que simulaba á Colon fué causa de que los enemigos del almirante no contasen con él para ninguna de sus conspiraciones.

Irritado al ver este desaire, los persiguió, dando á entender que era gratitud y lealtad lo que solo suponía en él vanidad y despecho.

Francisco Roldan fué el soldado que al acompañar á Ana caona intentó seducirla.

Ya sabemos que al presentarse á Colon acusó á Guevara del pecado que él habia cometido.

Tantas muestras de consideracion inclinaron al almirante á protegerle, y le nombró alcalde ordinario de la ciudad.

Desempeñó con bastante acierto este cargo, y fueron tan

lisonjeras las esperanzas que acerca de su conducta y de su capacidad inspiró al almirante, que al regresar á España le confirió el elevado cargo de alcalde mayor de la isla.

Como las leyes que regian en la colonia no eran nada complicadas, más que conocimientos legislativos, necesitaba el que desempeñase aquel puesto tacto para resolver las complicaciones que pudieran surgir.

Tacto mostró, en efecto, los pocos dias que ejerció su cargo á vista de Colon.

Pero no habia echado en saco roto el objeto de la mision que habia llevado á la colonia al investigador Juan de Aguado; tenia conocimiento de su informacion contraria al almirante, que habia presenciado, y no dudó de que caería en desgracia.

Al verle partir, creyéndole destituido de todo favor, solo pensó en sostenerse en el puesto que desempeñaba, captándose el aprecio del que pudiera sucederle, haciendo alarde de gran enemistad hacia el almirante y sus hermanos; y no solo esta idea le impulsó á cambiar por completo de actitud, sino la creencia de medrar que su imaginacion le presentaba, halagándole hasta el punto de ofrecerle el primer puesto de la colonia.

Por su empleo podia considerarse como el segundo jefe de la isla.

Bartolomé no gozaba entre los colonos de gran popularidad.

Roldan procuró indisponerle más y más con ellos, á fin de apoderarse del mando y despues contribuir á una sublevacion contra el adelantado.

La energía de Bartolomé le contuvo en varias ocasiones.

No era el adelantado hombre capaz de permitir que invadiera sus derechos, y habló á Roldan con tanta severidad y le manifestó de tal manera lo resuelto que estaba á destituir-

le si no obedecía sus órdenes, que no tuvo más remedio que ceder, prometiéndose obtener por la astucia lo que por la fuerza no pudo conseguir.

La marcha de Bartolomé á las minas de Hyna para establecer la fortaleza de San Cristóbal, ofreció ancho campo á sus deseos.

Al partir Bartolomé dejó á su hermano Diego el mando de la isla.

Pero Diego era en extremo débil.

Sus hábitos pacíficos, su gran vocacion para la carrera eclesiástica, sus tendencias á la conciliacion, hacian imposible su mando en medio de aquella gente, que sufría mucho, que necesitaba desahogar su mal humor, y que solo ante el rigor doblegaba la frente.

Roldan se irritó en extremo al verse postergado á un hombre á quien se creía superior por su energía y su claro talento.

Por medio de concesiones que relajaban el orden de la colonia se hizo partido, formando al mando de los descontentos, y con no pocos de los que se aburrían, una falanje, sobre la que pensaba apoyarse para ejercer la influencia á que aspiraba.

Antes de que Colon le confiriera el cargo de alcalde ordinario, por ser un hombre de toda su confianza, le habia puesto al frente de muchas de las construcciones que se habian hecho en la colonia y por esto y por haber sido soldado, tenia relaciones íntimas con muchos militares y operarios de los que entónces estaban á sus órdenes.

Unos y otros le envidiaban.

—¡Vaya una fortuna que has hecho! le decian.

—Como has tenido el padre alcalde....

—Si sigues á ese paso, pronto te calzarás con el gobierno de la isla.

—Lo mismo que yo he conseguido podeis obtener vosotros, les contestaba.

—¿De qué manera?

—Siendo amigos míos, obedeciéndome en todo y por todo. De esta manera yo podré sostenerme, medrar, y claro es que he de preferir á los que son de mi misma condicion para los empleos y cargos de provecho y lucimiento, á los que por ser nobles ó haber venido con alta graduacion á la isla, no me miran sino con desprecio, porque no pueden verme, pero motejan mi crecimiento, y murmuran cuando no estoy delante.

—De buena gana te seguiríamos y te obedeceríamos en todo, si nos sacaras de la triste situacion en que estamos.

—Con efecto, esta vida no puede soportarse mucho tiempo.

—Siempre andamos á la cuarta pregunta.

—Los víveres son malos y escasos.

—¿Sabeis quién tiene la culpa de todo?

—Nuestra mala estrella.

—Eso por una parte; por otra el almirante y su hermano.

—¿Eso dices de tu protector?

—El cariño no me ciega. Yo por mí seria un ingrato si me quejase; pero se trata de vosotros, de vuestra salud, de vuestra vida, y la salud y la vida de muchos hombres, por oscuros y menguados que sean, vale siempre más que la de uno, por grande que sea.

—Tienes razon.

—Vaya si la tengo: si el almirante hubiera pensado en nosotros más que en él, en vez de tenernos en esta tierra, donde tanto sufrimos, nos habria llevado á otra parte.

—O cuando ménos procuraria emplear su influencia con los reyes para que nos enviasen víveres más á menudo.

—Ya habeis visto que no goza del favor que en otro tiem-

po. El investigador que vino hace poco lleva los peores informes acerca de su conducta; se enterarán los reyes de lo que pasa, y le destituirán.

—Me alegraría, porque nos ha tratado muy mal.

—Al fin y al cabo es un extranjero.

—Pues si le destituyen, para ponernos bien con el que venga es necesario que os mostreis desde luego hostiles á los dos hermanos de Colon que han quedado por acá.

—El uno es un déspota.

—Y el otro una mosquita muerta.

—Pero los dos hacen su negocio.

—Lo que á mí me extraña es que aún no nos hayan mandado azotar. ¿Cómo quereis que unos extranjeros consideren hermanos á los españoles?

—Si continuasen mandándonos seríamos tan esclavos como los indios.

—Ya lo somos. Pues qué, ¿no nos hacen trabajar como perros?

—Y luego no nos permiten guardar oro.

—Es claro; ellos lo acaparan todo.

—Y se quedan con las alhajas de los caciques.

—Si yo fuera vuestro jefe, añadió Roldan, no tendrais que hablar de ese modo

Estas conversaciones se repetian, y Roldan, granjeándose el aprecio de los descontentos, llevo a creer que con ellos podria realizar todas sus aspiraciones.

Dado el primer paso por la pendiente del crimen, es muy difícil detenerse.

Las conversaciones tomaron cuerpo.

Roldan buscó entre todos los que conversaban con él á los más inteligentes y arrojados, y despues de contar con su adhesion, no hablaron en la plaza pública en donde pudieran ser oidos.

Buscaron la soledad y el misterio para tramar una conspiracion.

El plan del infame protegido del almirante fué asesinar á Bartolomé y á su hermano para atribuir aquella fechoría á los indios, apoderarse del mando y protestar ante los reyes que en su calidad de alcalde mayor ó segundo jefe de la isla, habia tomado las riendas del gobierno de las moribundas manos de los que las tenian.

Castigando á unos cuantos indios como autores de aquellos horribles asesinatos, y colmando de favores á los que le ayudasen para comprar su silencio, el éxito era seguro.

Las circunstancias parecian propicias á este infame proyecto.

Vamos à conocerlas.